

EL ATAQUE DE NELSON A SANTA CRUZ DE TENERIFE

CARTA-RELATO SESGADO ESCRITO POR EL
COMERCIANTE IRLANDÉS PEDRO FORSTALL

POR
ANTONIO RUMEU DE ARMAS

I. ESTUDIO CRÍTICO

1. *Personalidad relevante de Pedro Forstall.*
Carácter reservado de la carta-relato.
Contraposición entre "Crónica oficial"
y "Crónica particular"

Pedro Francisco Forstall fue un comerciante mayorista irlandés establecido en Santa Cruz de Tenerife en la segunda mitad del siglo XVIII, donde logró alcanzar una posición económica preferente. Por la fecha que nos ocupa —1797—, vivía en las primeras casas de la calle de la Marina, frente a la entrada del muelle (llamada el boquete), y divisando a la derecha la pétrea mole del castillo principal de San Cristóbal. La fortuna acumulada en empresas mercantiles le arrastró a construir para mansión familiar una inmensa casona, con tres patios, en la manzana central de la calle de la Marina. Esta mansión fue inaugurada, en 1803, en una brillante cena de despedida en honor del comandante general don José de

Perlasca. Andando el tiempo, Forstall se nacionaliza, alcanzando el cargo de regidor del Ayuntamiento de Santa Cruz.

Estuvo casado con Antonia Russell, irlandesa como él, de cuya unión había de nacer Bernardo, alcalde preeminente de la capital, cuyos destinos rigió a partir de 1825 en diversas ocasiones. Pedro Francisco sucumbió en 1810, víctima de la famosa epidemia de fiebre amarilla. Otros dos parientes van a ser actores de la carta-relato. El hermano de Pedro, Patricio Forstall, quien contempló la batalla desde el balcón del domicilio familiar, y un primo anónimo, agente de la casa comercial en Las Palmas, que es a quien va dirigida la misiva ¹.

Sabemos por el relato de Pedro que las epístolas fueron dos: una primera abreviada, hoy desaparecida, y una segunda más extensa, datada en Santa Cruz de Tenerife el 23 de agosto, que es la que se da hoy a la publicidad.

¿Desde dónde siguió nuestro protagonista el desarrollo de la acción? Hay indicios que respaldan la presencia física en el castillo de San Cristóbal, actuando de intérprete al servicio directo del comandante general. Valga para justificarlo que cuando se convino y firmó la *capitulación* del ejército británico el 25 de julio la copia literal del documento, para enviarlo a Madrid, fue llevada a cabo por Pedro Forstall, quien puso su firma en el texto, conforme puede hoy comprobarse consultando el mismo ².

¹ Se trata de una reprografía del original auténtico, entregada, por vía familiar, hace unos cuarenta años. La reproducción es de escasa calidad, por la imperfección de las primeras máquinas. Venía el documento acompañado de una reprografía en copia del Acta de Capitulación del ejército inglés (25 de julio de 1797). Esta última efectuada con el mismo aparato.

Véanse los grabados 1, 2 y 4.

El autor de este breve trabajo cree recordar que el transmisor fue un oficial o funcionario adscrito a la Capitanía General de Canarias.

La proximidad del segundo centenario ha aconsejado dar a la publicidad el documento, después de tan larga espera.

Se publica el texto íntegro en la Parte II de este trabajo; y será señalado abreviadamente con una T (mayúscula).

² ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (Madrid): *Estado*, legajo 569.

Véase el grabado 3.

La presencia de Forstall en la cámara del castillo de San Cristóbal se reafirma con alguno de sus testimonios: «Habló al General con vigor —se refiere a Siera— con expresiones soldadescas...» (T., 11).

de con el S^{te}tegr. nel castro. los artilleros q^{ue}
y soldados los mas son de aqui y Grandi q^{ue}
no es extranjero fue el q^{ue} hizo algo de provecho
con Puente en el castillo Principal.

Lo cierto es que a juicio de inteligentes
todo lo debemos a la Batallera. lo demas vino
por disparos caridosos por q^{ue} la tropa enemiga
estaba atendida, sin municiones y sin
recursos. Asi en un momento de la
mi. anterior hubo un mal momento a la
primera intencion, y asi a la segunda, y
solo debimos una conservacion a los oficiales
de entonces q^{ue} don Marqueli, y el Sr. de la
barrada refugia, en especial a este ultimo que
llegando de fuera con prisioneros habia de gerirlos
con rigor (y aun con exp. de la vida) y le impuso
del estado veras de las cosas. Ahora se dice todo
lo contrario por lo q^{ue} entonces se inclinaron a
resistir. No cuenta hacerlo asi. En el q^{ue} en
mas bien se notaba irresolucion, por q^{ue} en aquella
noche se habian probado de intenc. por algun
momento, pero no habia p. un jefe.

Marqueli dice tiene una muchedumbre
razon en lo q^{ue} dice de obras provisionales y q^{ue} pero q^{ue}
en pleito es con el bent. que ha dispuesto la ida de
los q^{ue} me quiere de parte nada fuera de aqui. Me
cuenta q^{ue} sobre el asunto se le ha hablado bien
claro.

Algo ha durado un tiempo en la Batallera, y en el castro principal, y en el de la barrada, y en el de la refugia, y en el de la intencion, y en el de la segunda, y en el de la conservacion, y en el de la prisioneros, y en el de la gerirlos, y en el de la impuso, y en el de la veras, y en el de la cosas, y en el de la ahora, y en el de la todo, y en el de la contrario, y en el de la entonces, y en el de la inclinaron, y en el de la resistir, y en el de la no cuenta, y en el de la hacerlo, y en el de la asi, y en el de la en, y en el de la mas, y en el de la bien, y en el de la se, y en el de la notaba, y en el de la irresolucion, y en el de la por, y en el de la en, y en el de la aquella, y en el de la noche, y en el de la se, y en el de la habian, y en el de la probado, y en el de la de, y en el de la intenc., y en el de la por, y en el de la algun, y en el de la momento, y en el de la pero, y en el de la no, y en el de la habia, y en el de la p., y en el de la un, y en el de la jefe.

Última página de la carta-relato, con un párrafo cruzado
y la firma y rúbrica del autor.



Santa Cruz 25th July 1797

That the troops belonging to his Britannick Majesty shall embarked with all their arms of every kind and take their boats off if saved and be provided with such other as may be wanting in consideration of which it is engaged on their part they shall not molest the town in any manner by the ships of the British squadron now before it, or any of the Islands in the Canaries, and Prisoners shall be given up on both sides.

Platified by
J. Forsteridge Commander of the
British Troops
D^{no} Antonio Gutiérrez

Given under my hand & on my
word of honour
Samuel Hood

Por orden del Ex^{mo} Señor D. Antonio Gutiérrez he sacado la
copia literal que antecede de la capitulación original. Santa
Cruz de Tenerife Julio 25 de 1797

Pedro Juan Forstall

1/10
D. Antonio Gutiérrez

Texto en inglés de la capitulación de 25 de julio. Copia llevada a cabo por Pedro Forstall. Compruébese la identidad de letra y firma a la vista de la carta-relato. (El documento se conserva en el Archivo Histórico Nacional de Madrid).

Santa Cruz 25 de Julio de 1797.

Que las Tropas ^{de} pertenecientes a S. M. Británica serán embarcadas con
 todas sus armas de todo especie y llevarán sus Bares si se han salvado, y se les suministrará
 los demás que se necesiten, en consideración de lo qual se obligan por su parte que no meten
 rán al Pueblo de miedo alguno por las órdenes de la Esquadra Británica que está de lance
 de. El no ninguna de las Islas en las Canarias, y los prisioneros se devolverán de ambas par
 tes.

Dado daxe mi firma, y sobre mi
 palabra de honor
 Samuel Hood.

Platificado por
 T. Forsteridge Comandante de
 las tropas Británicas.

D. Juan Luis Canizares Comand. Genl. de las Islas de Canarias



Texto traducido de la capitulación del ejército británico, con la rúbrica de Antonio Gutiérrez, que acompañaba a la carta-relato.

El texto de la carta-relato de Forstall ha sido calificado de *sesgado*, porque hay una oculta intención de disminuir la victoria, restando méritos a los participantes. El autor además se contradice, pues ataca a las milicias tinerfeñas para acabar ponderando la actuación de los más significados oficiales³. Teme que sus dichos se propaguen, y pone en guardia al primo con esta orden tajante: «Espero que lo que escribo quedará reservado»⁴.

Pese a estas máculas, el relato es importante, porque aduce acontecimientos nuevos hasta ahora desconocidos. Valgan

³ T (Texto), 10.

⁴ *Ibíd.*, 1.

como ejemplos la actitud vacilante de la primera autoridad, por influjo de sus más relevantes asesores, o la conducta censurable de los milicianos que cubrían el centro, es decir, el muelle y sus aledaños —oficiales y soldados—, que emprendieron la huida, dando todo por perdido, y poniendo en riesgo de desmoralización a las tropas defensoras, que se mantenían firmes.

Como estos dos acaecimientos, de importancia capital, van a ser ocultados por los cronistas áulicos, habrá que establecer una duplicidad de testimonios. Por un lado, la *crónica oficial* —relaciones de Monteverde, Tolosa, etc.—, censurada y edulcorada, y la *crónica particular* —Zuaznávar, Forstall, Fierro, etc.—, más próxima a la realidad.

2. *El comandante general don Antonio Gutiérrez,
prestigioso militar "con valor probado".
Vacilaciones e irresoluciones en el ejercicio del mando*

La conducta del comandante general ha suscitado dudas y vacilaciones. Acaso haya nacido el espíritu crítico al conocer las capitulaciones, generosas hasta la saciedad, pero que restó brillo a un acto que debió finalizar en una rendición sin condiciones.

La carta escrita en Cádiz el 24 de agosto por el tinerfeño don Francisco Fierro es bien expresiva: «Aquí consideran la capitulación indecorosa, por haberles permitido sacar las armas, cuando están los milicianos con rozaderas por falta de fusiles». Y no vacila en condenar «que la plana mayor se *acollonase*, y persuadieran al comandante general...»⁵.

Con respecto al jefe supremo, don Antonio Gutiérrez, hay una opinión generalizada en favor de la valentía. Forstall es de idéntico parecer, con su gota de hiel para remate: «Dio bastantes pruebas de intrepidez, aun en términos reprehensibles para un xefe».

Después viene lo más grave, la calificación denigratoria: «En el general más bien se notaba *irresolución*».

⁵ ARCHIVO DE SIMANCAS: *Secretaría de Estado*, legajo 6.470.

¿Por qué este estigma? Por razón de que no supo cortar de plano la postura en pro de la rendición de algunos de sus colaboradores más inmediatos.

Como éste es un acaecimiento nuevo, conviene reproducir el párrafo íntegro, para luego analizarlo en cada una de sus palabras: «Aun así crea vuesa merced lo que le dixe en mi anterior: *hubo un mal momento a la primera intimación y aun a la segunda*. Y sólo debemos nuestra conservación a dos oficiales de entereza [don Luis] Marqueli y [don Vicente] Siera, teniente de la partida de Cuba; especialmente a este último, que, llegando de fuera con prisioneros, habló al general con vigor (y aun expresiones soldadescas) y le impuso del estado verdadero de las cosas. Ahora se dice todo lo contrario, por lo que entonces se inclinaban a *rendirse*; pero tiene en hacerlo así»⁶.

El párrafo es extremadamente grave y significativo, puesto que se habla, sin ambages, de *rendición*, defendida en dos ocasiones. Motivado por esta circunstancia, Forstall llama irresoluto a Gutiérrez, porque su obligación era rechazar de plano cualquier contacto con el inglés, por encima de la rendición incondicional.

Veamos ahora cuándo y cómo se hicieron efectivas las *intimaciones*, para indagar más tarde sobre la identidad de los responsables.

La primera intimación la llevó a cabo el capitán Thomas Troubridge cuando, arremolinado con sus hombres en la parte superior de la plaza de la Pila⁷ (entre las casas de Carta y Campos), decidió a la desesperada desmoralizar a los defensores: un sargento británico en compañía de dos paisanos capturados prisioneros, don Antonio Power y don Juan Bautista Casalón. No tuvo efecto el intento. La segunda intimación tuvo efecto una hora más tarde, cuando los piquetes de soldados británicos establecieron contacto, en los aledaños del convento dominico de la Consolación, del que se apoderaron. Un oficial de Infantería de Marina asumió el papel de parlamenta-

⁶ T., 11.

⁷ Hoy en día plaza de la Candelaria.

rio, con bandera blanca y tambor batiente, desarrollándose el acto en idénticas circunstancias por una y otra parte⁸. Estas intimaciones eran a un tiempo intimidaciones, con falsos alardes de fuerza y amenazas ficticias.

Quien esto escribe se ha mostrado justo y generoso en su libro *Canarias y el Atlántico* al enjuiciar la brillante actuación del comandante general don Antonio Gutiérrez⁹. Ahora bien, el propio autor pecaría de manipulador profesional si ocultase cualquier mácula en su comportamiento.

¿Cuál debió ser el proceder del comandante en la mañana del 25 de julio? Exigir la inmediata entrega de la espada a los que pronunciaban la palabra rendición, improcedente y absurda, declararlos arrestados y someterlos, para un futuro inmediato, a Consejo de Guerra. Eso exactamente hubiera hecho Palafox, en 1808, dentro de los muros de la inmortal Zaragoza. ¿Es admisible que la vergonzosa palabra hubiese sido pronunciada por don Antonio Gutiérrez? El testimonio personal de Forstall le exonera de esa posible mancha¹⁰.

Los acompañantes del comandante general en aquel decisivo momento eran los siguientes oficiales (de acuerdo con el irrecusable testimonio de don José de Monteverde, alcaide de San Cristóbal): los comandantes de los Reales Cuerpos de Artillería e Ingenieros don Marcelo Estranio y don Luis Marqueli; el auditor de Guerra don Vicente Patiño; el teniente coronel don Juan Creagh; el capitán don Juan Creagh, secretario de Inspección; y el secretario de Gobierno don Guillermo de los Reyes, capitán de Milicias. Habría que añadir otros tres nombres: el capitán de Infantería don José Víctor Domínguez, ayudante de plaza, y los tenientes don Vicente Siera y don José Calzadilla, ayudante de plaza; estos tres últimos ejercían las funciones de ayudantes del general¹¹.

⁸ JOSÉ DE MONTEVERDE Y MOLINA: *Relación circunstanciada de la defensa de la plaza de Santa Cruz de Tenerife invadida por una escuadra inglesa al mando del contra-almirante Nelson*, Madrid, 1798, pp. 27-28.

ANTONIO RUMEU DE ARMAS: *Canarias y el Atlántico*, Madrid, 1991, t. III, pp. 865-866 y 678-679.

⁹ Páginas 836-841.

¹⁰ T., 11.

¹¹ *Relación circunstanciada...*, pp. 31-32, nota 1.

Si liberamos de toda sospecha, conforme al testimonio de Forstall, a Marqueli y Siera, el grupo de sospechosos es bastante numeroso, y, por ende, toda acusación directa resulta imposible.

Hay que advertir al lector que la carta-relato guarda absoluto silencio sobre la tercera intimación por parte del teniente Samuel Hood, que acabó de inmediato en *capitulación* ¹².

La irresolución con que actuó Gutiérrez fue un peso muerto que llevó sobre la espalda, sin liberación posible. Esto explica la extraña decisión que tomó: proponer para el ascenso en un grado a toda la guarnición, decisión condenada de antemano al fracaso ¹³. ¿Cómo medir con el mismo rasero a los valientes, cumplidores y cobardes?

3. *El derrumbamiento de la línea central del dispositivo de defensa durante la "hora del silencio".*
El acto resultó inadvertido y sin consecuencias

La segunda información novedosa que nos participa Forstall en la carta-relato es la relativa a la huida colectiva de milicianos en el alba del 25 de julio, con el peligro de abrir brecha al enemigo y con el riesgo en potencia de producir el derrumbamiento general del frente de lucha. El hecho había sido destacado, por primera vez, en el escrito *Invasión de la isla de Tenerife...*, cuyo autor es un personaje destacado de la administración regional, don José María de Zuaznávar ¹⁴. El testimonio es contundente: «Es preciso mudar de estilo para vituperar y denigrar a los varones que volvieron la espalda luego que oyeron la primera vez de estar en tierra al enemigo... ¿Y quiénes fueron éstos? ¿Fueron únicamente los miserables soldados milicianos...? No por cierto: fueron también muchos oficiales de milicias, que no sólo cometieron la abominable flaqueza de la fuga, sino que... esparcieron el terror y

¹² RUMEU, *op. cit.*, pp. 877-884.

¹³ *Ibid.*, pp. 932-940.

¹⁴ Era fiscal de la Real Audiencia de Canarias. El relato debió ser escrito en Las Palmas, residencia oficial, con testimonios de segunda mano.

El escrito nelsoniano fue leído en la Real Academia de la Historia el 26 de febrero de 1830.

la confusión con la falsa especie de hallarse ya la plaza rendida y muerto el comandante general; de forma que, cundiendo esta infausta noticia por el pueblo... y llevándola a La Laguna... se apresuraron a salir del pueblo muchos vecinos... trataron de poner en salvo sus bienes y las alhajas de los templos...»¹⁵.

El cronista oficial don José de Monteverde reduce la dramática circunstancia poco menos que a un rumor. Se percibe en sus comedidas palabras una autocensura o un mandato superior: «Todas estas ventajas las pudo quizá malograr la voz que se esparció en la guarnición, durante el *silencio de los fuegos*, de que nuestro General había perdido la vida, que la plaza estaba ya por los ingleses y que éstos marchaban a la ciudad de La Laguna; por lo que había orden de correr a detenerlos en La Cuesta. Es fácil concebir la consternación que tan fatal rumor ocasionaría en los ánimos de unas milicias bisoñas y mal armadas...»¹⁶.

Por su parte, Forstall da una versión veraz aunque exagerada: «Se da por disculpa del retiro de las tropas del muelle que los cañonazos de metralla de San Pedro caían sobre nuestra gente; y que el oficial que mandaba la artillería, en su cabeza, cuando vio subir la gente de la lancha que atracó a las escaleras salió gritando que los ingleses era dueños de los cañones, lo que hizo temer lo volviesen contra la entrada. Pero aunque esto baste para justificar la salida del muelle nunca disculpará el que un cuerpo de más de 500 hombres no se mantuviesen formado en la marina o en la plaza, al abrigo del muelle y Castillo. Y menos que abandonasen sus [cañones] violentos para que pudiera cogerlos el enemigo. Los oficiales de estas milicias (que yo los vi salir corriendo) fueron los que

¹⁵ REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA: Manuscritos (Signatura 9/5983).

JOSÉ MARÍA DE ZUAZNAVÁR Y FRANCIA: *Invasión de la isla de Tenerife por los ingleses en 1797*.

Ha sido publicada por don RAFAEL TORRES CAMPOS con su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia titulado: *Carácter de la conquista y colonización de las Islas Canarias*, Madrid, 1901, apéndice II, pp. 211-217. El párrafo transcrito, en las pp. 214-215.

Canarias..., t. III, pp. 870-877.

¹⁶ *Relación...*, pp. 27-28.

derramaron por todo el pueblo la voz de la muerte del general, toma del Castillo, etcétera, creyéndose lo primero más fácilmente, porque al principio de la alarma vino Su Excelencia al muelle; pero luego le persuadieron a volverse al Castillo, a donde llegó un momento antes que viniesen a forzar su entrada. Si este cuerpo se mantiene con sus violentos en la plaza de la Pila destroxa al pie de 300 ingleses que estuvieron formados cerca de una hora entre la casa de Carta y la casa de Campos»¹⁷.

La batalla de Santa Cruz tuvo tantos escenarios como grupos humanos (a veces individualidades) intervinieron en ella. Piénsese que se llevó a efecto a la luz de las antorchas, cuando no de faroles, y que cada uno de los actores tuvo un campo visual limitado. Por esta circunstancia, para determinar el momento exacto de la deserción miliciana resulta sumamente difícil. Tenemos como término *post-quem* la segunda visita al muelle en pleno fragor de la pelea del comandante general.

Es de advertir, como cuestión previa, que las salidas de don Antonio Gutiérrez al muelle de Santa Cruz fueron dos. La primera la efectuó en el inicio mismo de la batalla, al escucharse los primeros disparos de la flota inglesa y la respuesta contundente del castillo de San Cristóbal y las demás fortalezas de la plaza. Los acompañantes del general le hicieron ver el riesgo en que ponía la operación bajo su mando, accediendo a retirarse al interior de la fortaleza, desde donde dirigía el combate. Tolosa y Estranio dan fe de ello¹⁸. La segunda visita del comandante general se produjo después de ser rechazado el desembarco, hallándose el muelle cubierto de cadáve-

¹⁷ T., 5-6.

El número de 300 ingleses es inadmisibile por exagerado. Seguramente no pasarían de 50-80.

¹⁸ FRANCISCO DE TOLOSA GRIMALDI: *Relación de la gloriosa y singular victoria... contra una escuadra británica que el 25 de julio de 1797 atacó la plaza de Santa Cruz de Tenerife...*, Santa Cruz, 4 de agosto de 1797.

Se añade una carta de remisión del coronel don Marcelo Estranio al Cabildo de Tenerife (19 de diciembre).

En la revista *Gente Nueva*, núm. 38, corresponde al día 30 de septiembre de 1900.

res. El riesgo era aún mayor y el peligro inminente, por lo que fue invitado a retornar al puesto de mando.

Los cronistas de la acción confunden las salidas de San Cristóbal del comandante general, con la consiguiente distorsión de los hechos.

Nos interesa ahora determinar el momento de la visita al desembarcadero de don Antonio Gutiérrez. Después, puntualizar la importancia de la deserción por el lugar estratégico que cubrían las tropas inculminadas en el frente. Y por último, evaluar el número de los fugitivos.

Para Forstall (primera salida), la visita del comandante general al muelle se efectuó en pleno fragor de la contienda y en su momento culminante; es decir, antes del amago a la puerta del castillo y aspilleras del mismo por el núcleo de tropas británicas al mando del capitán Troubridge¹⁹. En cambio, Monteverde (segundo reconocimiento) afirma que la salida de San Cristóbal de Gutiérrez se había producido durante «el silencio de los fuegos», es decir, al término de la primera fase de las operaciones. Completamos ahora el párrafo del alcaide atrás transcrito: «Originóse aquel error de que nuestro comandante general se había dirigido al muelle, donde mandó que el Cuerpo de cazadores, compuesto de ochenta y nueve plazas y nueve oficiales, hiciesen una descarga, después de haberse replegado en el boquete, al ver que se retiraban de la Batería los que la habían servido, y que se oyó decir: "que nos cortan"; y como al regresar al Castillo le vieron apoyado de los oficiales, que le habían acompañado, tuvo algún inconsiderado la flaqueza de aprehender que lo conducían muerto; funesta indiscreción, que por fortuna no pudo trascender hacia el Batallón [de Canarias] y milicias de nuestra derecha»²⁰.

En el libro *Canarias y el Atlántico*, atrás citado, dimos por hecho que la deserción se había producido en la fase intermedia del encuentro, a la que calificamos como la *hora del silencio*²¹.

¹⁹ T., 5.

²⁰ *Relación circunstanciada...*, pp. 28-29.

²¹ Tomo III, pp. 870-877.

¿Quiénes fueron los fugitivos? Es pertinente contestar que las milicias que cubrían el dispositivo central, es decir, el muelle y sus aledaños, porque los frentes izquierdo y derecho se mantuvieron virtualmente incólumes. ¿Qué tropas lo cubrían? Las Compañías de Milicias de los Regimientos de La Orotava, Garachico y Güímar, los granaderos provinciales y la «chusma» de rozadores. Si en este punto se produjo la huida, los soldados de esas unidades deberán asumir la responsabilidad histórica ²².

Forstall, hipercrítico, ¡magnífica! el episodio negativo; pero puede asegurarse, sin posibilidad de errar, que de los dos mil defensores desertaron como máximo doscientos. Es lamentable; pero ha de tenerse en cuenta lo reducido de la proporción, un 10 por 100.

4. *Elogios individualizados a la heroica oficialidad del Ejército regular y de las Milicias canarias*

Todo cuanto refiere Forstall en su carta-relato por encima de lo expuesto carece de especial interés, por sobradamente conocido. Valga, como ejemplo, la insistencia en proclamar el papel preponderante de la artillería en la batalla ²³. Estaba previsto, y se consumó con absoluta perfección. Setenta cañones entre Paso Alto y San Juan barrieron de metralla la escuadra enemiga. Desde puntos de mira distintos llama la atención los elogios dispensados a los oficiales del Ejército y las Milicias Eduardo, Castro Ayala, Benítez de Lugo, Román, Lara, Jorva y Brandi, en abierto contraste con los denuestos reservados de manera exclusiva para Falcón ²⁴.

²² *Ibíd.*, pp. 845-846.

²³ T., 2, 4 y 11.

²⁴ T., 7 y 10.

II. TEXTO DE LA CARTA-RELATO

- [1. *Motivaciones para escribir una carta-relato sobre el intento de desembarco en Santa Cruz de Tenerife por parte del almirante Nelson*]

Veo las dudas que a vuesa merced le ocurren sobre lo acaecido en la función con los yngleses y aunque en parte se habrán aclarado con las varias relaciones que posteriormente se habrán remitido a esa ysla, Diré lo que he podido comprehender por informes de sugetos de verdad y de toda formalidad, porque no de todos se puede fiar, y muchos o por no entenderlo exageran las cosas, y lo hacen para alabarse de lo que no han executado.

Espero que lo que escribo quedará reservado.

- [2. *El dispositivo de defensa del ejército insular. La artillería*]

La noche del 24 al 25 habría en la plaza según me ha dicho el Sargento mayor [don Marcelino Prat], que llevó el detalle, de 1.600 a 1.800 hombres entre batallón, milicias y rozaderas; los vecinos que no estaban empleados en la artillería eran pocos y desarmados, empleados los unos en cuidar de la provisión para la tropa, que repartían por cuenta, y otros en rondar el pueblo para que no se robasen algunas casas abandonadas; y en caso de dirigirse el bombardeo a la población atajar en lo posible los incendios, dando aviso a las diferentes cuadrillas que debían juntarse en tal caso. Los 1.600 hombres se defensa (en que no se incluyen las dotaciones de las baterías) se repartieron en varios puntos: en el Castillo Principal 50 milicianos al mando de [don Esteban Benítez de] Lugo para guardar el rastrillo: cerca de 550 hombres de milicias y rozaderas al muelle y alameda²⁵; 50 hombres del Batallón al Barranco Hondo: 120 y algunos milicianos agregados de dos o tres meses a esta parte, al Batallón en la entrada del barranco de Santos y allí mismo había un cuerpo de reserva de 360 milicianos independientes del Batallón pero al mando del mismo xefe y 40 rozaderas; 40 hombres de la partida de La Havana (la de Cuba estaba con el Batallón) en la boca del barranquillo de Santo Domingo²⁶; 80 franceses con algunos milicianos

²⁵ Dicho paseo era llamado Alameda del marqués de Brañicforte. Nombre sustituido por el más simple de Alameda de la Marina.

²⁶ También llamado barranquillo del Aceite. Una vez cubierto, con bóveda, pasó a llamarse calle del Barranquillo.

y pocos del Batallón en el risco sobre Paso Alto; y a este tenor en otros varios puntos alguna más gente.

[3. *El plan inglés de ataque. Operaciones de desembarco*]

La idea era, en los yngleses, acometer por los dos lados del Castillo Principal y escalarlo, al paso que otra partida se debía dirigir a la plaza de la Pila, y tomar la casa del General, que creían en ella. Al muelle no abordaron las lanchas que venían a él, a excepción de una sola, pues aunque esta circunstancia se niega, la percibió claramente Patricio Forstall, que vio todo del balcón de mi casa; y otras quatro vinieron a la playa entre San Pedro y el Castillo, porque el fuego del primero no las dexó parar en las escaleras; una lancha se metió por la caleta y boquete de la Aduana ²⁷, cuya tripulación fue la única que se dirigió al rastrillo, de donde le alejó el fuego vivísimo que hizo [don Esteban Benítez de] Lugo en la puerta y aspilleras del muro bajo que hay, en donde antes estaba la estacada. Las demás lanchas fueron unas al barranco de Santo Domingo y otras más abajo al de la Yglesia ²⁸.

[4. *Actuación de las Milicias isleñas. Papel preponderante de la artillería*]

Sabidos los puntos del ataque podré decir lo que hicieron en ellos nuestras tropas. En el muelle sólo hicieron una descarga y pocas de la Alameda; todos fusileros y rozaderas huyeron quedando abandonado [don Simón de] Lara que mandaba estas últimas quando lo hirieron; y aún la guardia del principal, casi todas de milicianos, se escapó menos doce o trece hombres que [don Luis] Román y [don Francisco] Jorva pudieron contener con los que hicieron fuego de la ventana y esquina del principal. Esta tropa tenía dos violentos, de que abandonaron uno sobre el muelle y otro en la entrada, siendo la mayor fortuna que los ingleses no pudiesen penetrar por allí, tanto por que les desconcertó, antes del desembarco, el fuego de San Pedro y de un cañón de la esquina del Castillo que se cruzaban, como por la viveza del fuego del Principal, que defendía el estrecho paso de la entrada del muelle ²⁹; y era bien dirigido, porque [don Luis]

²⁷ Era la vieja caleta de Blas Díaz, dominada en el siglo XVIII por el edificio de la Aduana.

²⁸ Es el barranco de Santos.

²⁹ Había un pequeño muro en la entrada del muelle. El punto de acceso, con puertas, era llamado el *boquete*.

Román escogió hombres acostumbrados a la caza y a apuntar, que disparaban igualmente que el mismo incesantemente, mientras otros no hacían más que cargar. También ayudó mucho un cañón en el flanco del Castillo que barría toda la entrada del muelle y playa hasta San Pedro, cuya tronera se abrió por insinuación de don Francisco Grandi, artillero provincial, que dirigió el fuego con mucha viveza y acierto.

[5. *Desconcierto en las Milicias defensoras del muelle*]

Se da por disculpa del retiro de las tropas del muelle que los cañonazos de metralla de San Pedro caían sobre nuestra gente; y que el oficial que mandaba la artillería, en su cabeza ³⁰, quando vio subir la gente de la lancha que atracó a las escaleras, salió gritando que los ingleses eran dueños de los cañones, lo que hizo temer los volbiesen contra la entrada. Pero aunque esto baste para justificar la salida del muelle, nunca disculpará el que un cuerpo de más de 500 hombres no se mantuviese formado en la Marina ³¹ o en la plaza, al abrigo del muelle y Castillo; y menos que abandonasen sus violentos para que pudiera cogerlos el enemigo. Los oficiales de estas milicias (que yo vi salir huyendo) ³² fueron los que derramaron por el pueblo la voz de la muerte del General, toma del Castillo etcétera; creyéndose lo primero más fácilmente porque, al principio de la alarma, vino Su Excelencia al muelle; pero luego le persuadieron a volverse al Castillo, a donde llegó un momento antes de que viniesen a forzar su entrada.

[6. *El escuadrón de tropas inglesas desembarcadas en la caleta de la Aduana*]

Si este cuerpo se mantiene con sus violentos en la plaza de la Pila destroza al pie de 300 ³³ ingleses que estuvieron formados cerca de una hora entre la casa de Carta y la de Campos ³⁴, los que trataban

³⁰ Era llamado el martillo. Protegía con un saliente las escaleras. En la extremidad se hallaba emplazada una batería de cinco cañones.

³¹ Calle frontera al mar, a espaldas del castillo de San Cristóbal y la Alameda.

³² Esta frase hace suponer la presencia física de Forstall en el castillo de San Cristóbal. Consúltese el epígrafe 1.

³³ Véase la nota 17.

³⁴ La primera es llamada actualmente palacio de Carta. La segunda estaba situada en la plaza de la Pila, con vuelta a Cruz Verde.

de asaltar el Castillo (en donde había en todo 80 hombres escasos), según comprendieron algunos que entendían el inglés y quedaron prisioneros en la provisión que estaba en una sala baja de Campos ³⁵, en la misma plaza de la Pila; y sólo se retraxeron por que algunos prisioneros les decían había 900 hombres en el Castillo, y por no tener escalas que abandonaron en la playa.

[7. *Nuevos desembarcos en las bocas de los barrancos de Santo Domingo y Santos*]

Los yngleses que intentaron el desembarco por el barranco de la Yglesia encontraron una resistencia tenaz; pero como el barranco es ancho y el Batallón [de Canarias] estaba por la parte del Cabo, algunos pudieron desembarcar en la extremidad opuesta y libertarse de dos violentos que les disparaban metiéndose entre las casas; otras lanchas fueron al barranco de Santo Domingo por donde penetraron sus tripulaciones, que fue el mayor número que entró, tanto por que la partida de La Havana, que a la verdad era muy débil para aquel puerto, lo abandonó, después de pocas descargas, como porque los ingleses se abrigaron del fuego de la Batería de la Concepción, por detrás de la Aduana, en un bergantín barado en la boca del mismo barranco; y principalmente, si se ha de decir la verdad pura, porque se fueron los sirvientes de la Batería, y don Clemente Falcón, que la mandaba, aunque hacía el guapo por intervalos y otros lo contrario (estaba borracho) sin saber absolutamente lo que hacía; y así, apenas llegó a dispararse un cañón, que cogía de lleno toda la playa, y no hubiera dexado pasar un solo hombre por allí.

[8. *Reagrupamiento de soldados ingleses y avance sobre el convento de Santo Domingo*]

Los enemigos que penetraron por ambos barrancos se juntaron al instante en la plaza de la Yglesia y los prisioneros que habían cogido y a quienes preguntaban por la gran Plaza ³⁶, los condujeron a Santo Domingo, para no estar tan expuestos, y que no pudiesen los yngleses reunirse a dar al asalto al Castillo.

En el puerto del barranco de la Yglesia permanecieron firmes el Batallón [de Canarias], menos 4 ó 5 de la tropa, y las milicias incor-

³⁵ En dicho local se guardaban las provisiones para la tropa movilizada.

³⁶ La plaza de la Pila (hoy Candelaria).

poradas y agregadas de meses atrás; pero del cuerpo de reserva de 360 milicianos no quedaron 60; y sus oficiales todos se fueron, esparciendo iguales voces que los del muelle. Este cuerpo permaneció unido al Batallón hasta la voz de alarma; pero las rozaderas se desaparecieron desde prima noche.

[9. *Reintegro de fugitivos y arribo de rezagados*]

En la madrugada, quando se divulgó la voz de estar los enemigos acorralados en Santo Domingo, sin municiones y pidiendo capitulación, se presentaron muchos; y cuentan ahora hazañas, pero no engañan, porque todos saben en dónde estuvieron y cuándo vinieron. El xefe y compañeros de La Cuesta se presentaron quando las tropas nuestras estaban formadas en la plaza de la Pila, para que desfilasen las inglesas.

[10. *Elogios por la actuación de la mayor parte de los Regimientos y Compañías de Milicias*]

Aunque los fugitivos no tienen disculpa (porque dieron exemplo a sus soldados de huir, sin esperar el peligro), no por eso se debe vituperar los naturales. [Don Luis] Román, [don Simón de] Lara y [don Francisco] Jorva lo son; lo era el teniente coronel [don Juan Bautista de] Castro; los artilleros, oficiales y soldados, los más son de aquí; y [don Francisco] Grandi, que no es extranjero, fue el que hizo algo de provecho con [Antonio] Eduardo en el Castillo Principal.

[11. *Elogios desmesurados a Marqueli y Siera. Comportamiento del general don Antonio Gutiérrez*]

Lo cierto es que, a juicio de inteligencias, todo lo debemos a la artillería; lo demás vino por sus pasos contados, porque la tropa enemiga estaba atolondrada, sin municiones y sin recursos. Aún así, crea vuesa merced lo que le dixe en mi anterior, hubo un mal momento a la primera intimación, y aun a la segunda. Y sólo debemos nuestra conservación a dos oficiales de entereza que son [don Luis] Marqueli y [don Vicente] Siera, teniente de la partida de Cuba; especialmente a este último, que, llegando de fuera con prisioneros, habló al general con vigor (y aun con expresiones soldadescas), y le

impuso del estado verdadero de las cosas. Ahora se dice todo lo contrario, por los que entonces se inclinaban a rendirse; pero tiene cuenta hacerlo así.

En el General más bien se notaba irresolución, porque en aquella noche dio bastantes pruebas de intrepidez, aun en términos reprehensibles para un jefe ³⁷.

³⁷ La carta se inicia con la frase: «Estimado primo». Y finaliza: «Vuesa merced mande a su afectísimo primo=Pedro Forstall».

En la primera página se hace referencia a compra y venta de tijeras, cacao y papel. Este último «del que había en la Aduana de los barcos ingleses detenidos».

En la página postrera anuncia la suspensión de las obras en las fortalezas provinciales (por información de Marqueli) y del arribo de La Madera de un bergantín marroquí.